

\*\*\*

Concentrar en los ojos lo que pasa.  
Acomodarse o más bien  
someterse al ángulo que permite la ventana.

Son las 6:00 de la tarde y por el tono  
del otro lado del edificio  
el sol se irá escondiendo.

\*\*\*

Jamás vi tal redoblado horizonte llegar a la noche

## Sobre **DICHA NON DESDICHA** \*

de Miguel Vicuña Navarro (1948 - 2022)

\* *Dicha non dicha*, Ediciones GrilloM, Santiago, 2009. El texto que viene a continuación fue leído en la presentación del dicho poemario, en la Universidad Arcis, sala Jorge Müller, Libertad 53, 13 de enero de 2009.

### Garabatos engastados en *Dicha non desdicha* de Miguel Vicuña

Andrés Ajens

Nuestra dicha se parece  
al panal que cela su oro [...]  
Quemé toda mi memoria  
como hogar menesteroso [...]  
[Y] se cansa quien nos llame  
con el nombre de nosotros.  
*La dichosa*, G. Mistral.

Un texto no se fija de una vez y para siempre en el momento de su inscripción y muy menos de su impresión, en forma de libro, por caso; a menudo los poemas conocen múltiples variantes antes de darse a la imprenta y, a la vez, innúmeros poemarios hay que varían en sucesivas reediciones, al ritmo de revisiones o agregados de quien suscribe. Lo mismo ocurre en otras tradiciones de escritura. Las reediciones tardías de *Ser y tiempo* (1927), por caso, incorporan, como parte de la obra, notas de lectura de su propio signatario, Martín Heidegger. Y aun otro expreciosísimo caso: *La poesía chilena*, de Juan Luis Martínez (1978), incluye fichas de lectura vacías que operan como invitación para que quien abra la “cajita” garabatee, agregue o supla, re- o des- oriente la expuesta escritura. Una vez me tocara en gracia participar de una presentación porteña del mentado textil de Martínez (*presentación* es eufemismo por quién sabe qué: un poema jamás simplemente se presenta), y ocurrióme inscribir en una de esas fichas vacías el certificado de defunción de Violeta Parra y una referencia a [su] “La muerte con anteojos”, como añadido a los certificados de defunción de Mistral, Neruda, Huidobro y De Rokha y de sus respectivos mortales textos anotados por Martínez (además de un certificado de defunción de su propio padre). Aunque una familiar del por entonces fallecido poeta se indignara por haber osado intervenir la supuesta virginal propiedad de la obra, al rato volvió a la calma: la intervención se diera no sólo en un ejemplar que era, para todos los efectos, mío (cuestión de derechos, si se quiere) sino, sobre todo, al ser subrayado cómo la misma obra de Martínez convoca a tales enjundiosas operaciones – ya no simplemente de lectura o de escritura, sino en el vértice mismo donde tal distinción suspende y/o se va al carajo, donde lector(a) y escritor(a) se vuelven momentáneamente indiscernibles.

Libro tan desafiante como compenetrante, tan lúdico como solemne, tan fragmentario como reunido, *Dicha non desdicha* llama, desde su puerta o portada (con libre traza manuscrita), al garabato. Garabatos entre garabatos (‘rasgos irregulares hechos a lápiz’ o ‘escrituras

mal trazadas' al decir de la RAE), estas notas a, en con *Dicha non desdicha* se limitan a intervenir sólo dos o tres nudos de su plural entramado.

### Dicha non desdicha

¿Qué dice este título, tal frase o no-frase en la puerta del libro?; Podiéramos parafrasearlo como: felicidad (o buena suerte) no desmentida (no negada, no impugnada, no retractada), o aun como: palabra dada (dicha) no desmentida (no negada, etc.): palabra sostenida, mantenida en tanto proferida o dada, o aun como: esa no impugnada ['realidad', si se quiere; por caso, la ñusta que sobreviene en la p. 35 del libro]; afirmación radical de lo que adviene y viene; tal *Ja, Ja* nietzscheano; tal *yes, yes* joyceano; tal *oui, oui*, derridiano, etc. -- Dejo hasta aquí la cosa morosa; acaso hubiera otras remisiones en juego, y no apunto, de cierto, a la significación correcta (para el caso que la hubiera); dejo por ahora esas tres entrelazadas en el juego, al que vuelvo más adelante – mientras seguimos las reiteraciones de ambos términos, términos del comienzo, del encabezado del libro (dicha y desdicha), en el 'cuerpo'..., y encuentro: la dicha como *lo buscado*: como palabra dada y/o felicidad (o buena estrella) clave o llave para abrir de entrada la acaso más a mano puerta o portada:

“**qué era lo buscado sino la dicha clave,**/ el punto ciego dicho” (p. 59).

La desdicha, en tanto, que, como comarca el texto, se toma su tiempo en ser dicha [desdicha larga que aun no ha sido dicha” (p. 35)], aun siendo nombrada o llamada con diversos prestados nombres, permanece sin respuesta:

“se ahogó la claridad / de acabar con la desdicha” (p. 69), poco después de haberla nombrado como “crímenes de humanidad / que desde el año noventa / se quedaron **sin respuesta** “(id.); y un poco después: “el cuerpo roto de Chile torturado, // [...] // ojos, manos del aire triturado / almas, vidas y cantos sepultados” (p. 75).

Con todo, con todo y toda la desdicha que permanece sin respuesta, la desdicha fuera, en *Dicha non desdicha*, aquello que “nos” constituye, constituyéndonos a “nosotros” en tanto desdichados – nosotros, desdichados, desdichados en búsqueda de la dicha: “**nosotros desdichados**, en la hora de ahora...” (p. 23)<sup>1</sup>

\*\*\*

Pablo Oyarzún avanza algo cercano hablando de “nosotros” en el poema mistraliano, en un textil que no por nada llama “Regreso y derrota”, a propósito *El regreso* (Lagar, Mistral, Santiago, 1954). Dice Oyarzún, leyendo *El regreso* como el “des-decimiento” de lo santo *alias* sagrado: nosotros, “hijos de la des-dicha” (lo que fuera también inversión de un verso de Hölderlin en traslape: *Kinder des Glücks*: Hijos de la dicha, y a la vez talvez traducción libre de un término caro a Heidegger<sup>2</sup>: *entsagen*; literalmente des-decir; habitualmente dado por: ‘desistir’, ‘renunciar’, ‘abandonar’):

<sup>1</sup> *Dicho* viene también, dos veces: diciendo el dicho que es despojo.... lo que digo es lo que nunca fue dicho (p. 41).

<sup>2</sup> Lectura de Stefan George, in LA ESENCIA DEL HABLA. Martin Heidegger; traducción de Yves Zimmermann en HEIDEGGER, M., De camino al habla, Barcelona, Serbal, 1987, pp. 141-194.

... es tarea nuestra –decir de Oyarzún–, la que nos constituye en “nosotros”, saber del des-decimiento del nombre [propio o sagrado], y que, germinados en él [en tal *des-decimiento*], somos *hijos de la des-dicha* [itálicas suyas, corchetes nuestros].<sup>3</sup>

Y ahí mismo inserta a pie de página una referencia a la venida de la dicha, de la palabra *dicha*:

La palabra “dicha”, que designa la suerte feliz, viene de *dicta*, las cosas dichas que atañen al destino, parecidamente a como *fatum*, el “hado”, deriva de *fari*, hablar, decir. La des-dicha de la que hablo no concierne a la mera adversidad, sino a una impotencia esencial de la palabra, de nuestras palabras, sean ellas cotidianas o poéticas, para configurar destino. La desdicha, en su sentido usual, prevalece en tanto no nos rindamos al saber de esa impotencia [...] (Oyarzún, op. cit., p. 247).<sup>4</sup>

El poema *El regreso* de Gabriela Mistral que Oyarzún lee, co-lee, con Patricio Marchant, diría tal des-decimiento, tal des-dicha del nombrar supuestamente propio, su falta:

*El regreso es la vuelta de la falta* [de lo Propio] *en sí misma*. El poema dice esta vuelta, en la medida en que dice el des-decirse de lo Sagrado en nuestro decir. Pues nuestro decir es, como el fracaso de los humanos nombres (incluidos aquellos que medran en la poesía), el des-decirse del Nombre. Haciendo la experiencia radical de esta desolación, el poema puede (pero este poder es tan distinto de los que sabemos, poder de pura entrega), puede remitir nuestro decir a lo que en él se des-dice, y exigirnos a “nosotros” al saber solidario de esa remisión. (Op. cit., p. 248; subrayo).

Sunque algunos pasajes pudieran parecer sugerir lo contrario, *Dicha non desdicha* no se inscribe en la nostalgia ni la insistencia de lo santo, lo inmune o lo sagrado (como fuera, aparentemente, el caso, para nada simple por demás, a

<sup>3</sup> “Regreso y derrota. Diálogo sobre el ‘gran poema’, el estar y el exilio”, P. O., *La letra volada*, UDP, Santiago, 2009, p. 247.

<sup>4</sup> Así, el pie de página, de Oyarzún, remata: “Hijos de la dicha” (*Kinder des Glücks*: “¡Oh, los hijos de la dicha, los devotos!”) es el nombre que da Hölderlin a las desaparecidas criaturas de la Hélade, en *El archipiélago*, que medita sobre su leyenda cifrada en lengua lejana en el tiempo histórico nocturno, en que vaga nuestra estirpe, despojada de lo divino, mientras guarda en el recuerdo firme la posibilidad del renacer en el canto.”

ratos en Hölderlin y/o Mistral). Su desdicha otra fuera. O, más precisamente, su desdicha de entrada des-dicha del Nombre fuera, del nombrar sagrado o propio, y a la vez otra cosa fuera. Algunos de sus prestados nombres en *Dicha non desdicha*: “crímenes de humanidad”, “cuerpo de Chile torturado”, “manos de aire triturado”. Liberado de la compulsión del Nombre, del Propio, la dicha firmada por Miguel Vicuña (como todo dicha hoy: abierta a ser suscrita, al menos en parte, garabateada, por otras y otros), dijera: la desdicha decisiva no fuera tanto el haberse dado lo que nombran los prestados nombres citados y/o apelados — el haberse dado la violación sistemática de lo considerado como más sagrado de los humanos humanismos, los Crímenes contra la Humanidad, tal figura en Núremberg acuñada (1945/46) — sino: que tal “don”, tal monstruoso donaire, permanezca sin respuesta: “crímenes de humanidad / que desde el año noventa / se quedaron sin respuesta [...] Se ahogó la claridad / de acabar con la desdicha” (p. 69).

¿Dar respuesta a tal “don”, a tal “monstruo”? — ¿pero acaso monstruoso no fuera cada vez el darse del don — si hay tal? — ¿y quién estuviera llamado, llamada a dar, respuesta? ¿líderes políticos/as, “intelectuales”, pensadores/as, escritores/as, poetas? Dar respuesta, responder y corresponder a lo que sobreviene, a lo más marcante fuera, en Heidegger (bajo el nombre de “ser” y luego de *Ereignis*), esencia del lenguaje, de la tan humana como inhumana habla, y especialísimamente del habla y decir de pensadorxs y poetas. La palabra alemana para indicar tal respuesta o correspondencia: *Entsprechung*, habitualmente dada por ‘respuesta’, ‘concordancia’ o aun ‘correspondencia’ (Heidegger mismo la traduce por ahí al francés por *correspondence*). En *Carta acerca del Humanismo* (1946), Heidegger:

“se debe pensar la esencia del lenguaje a partir de la respuesta o correspondencia (*Entsprechung*) con el ser, concretamente: como tal correspondencia misma, por decir, como morada del ser humano”

Y en *De camino al habla* (1959):

[...] “que nuestro hablar, poniendo escucha a lo inhablado, responda y corresponda [*entspricht*] a lo que, en la lengua [*die Sprache*] ha sido dicho.”

Respuesta o correspondencia — no me detengo aquí a seguir la variedad de modulaciones de este giro que hace girar y descentrar a todo Humanismo (en tanto lo humano se constituyera a partir de la asignación o llamada del ser como del acontecer más marcante [*Ereignis*], dicha y desdicha, y no a la inversa), pero que también pudiera correr el riesgo de concordar con lo peor de lo peor, con — por caso — la radical desdicha, la cual, con todo, siguiendo el poema de Miguel Vicuña, no sólo nos constituye sino que (también) nos exige una respuesta o contraseña que esté a su altura, que corresponda con y a su alta bajeza. Antes de comenzar a preguntarnos cómo se da, si se da (pues nada es menos seguro), respuesta tal en *Dicha non desdicha*, respuesta o correspondencia a la altura de tal marcante desdicha, manteniendo incólume a la vez la apertura para el darse de una dicha no desmentida ni impugnada, no desdicha, subrayemos que la responsabilidad asignada eminentemente a poetas de responder o corresponder a lo más marcante dado habrá sido, si no impugnada, seriamente cuestionada precisamente por la palabra de un poeta. En 1961, en *El Meridiano*, Paul Celan se aparta lo suficiente tanto del pensar como de la retórica heideggeriana del *Entsprechung* como para llevar a éste poco después a volver sobre la cosa. Celan en un pasaje de *El Meridiano* (1960):

[...] la dicha se afirma en el borde de sí misma, se llama y se trae de vuelta, para poder persistir, incesantemente, desde su ya-no-más a su siempre-aún. // Pero este siempre-aún de la dicha sólo puede ser un hablar. No, por tanto, lengua a secas [‘ni simplemente lenguaje’, traduce Reina Palazón (1999)], y tampoco, presumible fuera, nomás “correspondencia” [*Entsprechung*] basada en la palabra, sino habla actualizada, puesta en libertad bajo el signo de una individuación ciertamente radical, pero que permanece advertida, al mismo tiempo, de los límites que le están trazados por el lenguaje, de las posibilidades que están abiertas por el lenguaje [*El Meridiano*, P. C.; traslape de Pablo Oyarzún levemente ahí desviado, corchete nuestro].

Por decir: la dicha, la dicha que, pese a toda su proclividad al enmudecimiento ante lo dado, ante lo traumático, dado y data, habla — y habla con un hablar que no queda nomás atrapado en un corresponder sin más a lo sobrevenido — habla actual, habla en libertad y que, sin embargo, no se da como *fiute en avant* ante a lo marcante dado, pues: ‘permanece advertida, al mismo tiempo, de los límites que le están trazados por el lenguaje, de las posibilidades que están abiertas por el lenguaje’, y su carga de historicidad.

La “respuesta”, respuesta por demás inquieta, de Heidegger a estas dichas de Celan está consignada en las anotaciones que dejó en su ejemplar de *El Meridiano*.<sup>5</sup>

Dejo por ahora en suspenso la cuestión de cómo se diera, si se diera, respuesta a la altura de la mentada desdicha en *Dicha non desdicha*. Y si, además de respuesta, otra cosa se diera, otra palabra que ya no fuera nomás respuesta o correspondencia — palabra en libertad. Y paso a otro nudo del texto de Miguel, nudo que pudiéramos provisoriamente llamar su inclinación o caída al quechua.

### Caído al quechua

“ay ñusta ayayay” (p. 35)

® “aquí, en este valle de lágrimas / que los quichuas llamaron Chilly” (p. 29)

® “Lo que los incas llamaron / en su lengua quichua Chilly” (p. 69)

® “reparar el concho” (p. 71); *qunchu*; ‘borra’, ‘sedimento’ (de la chicha).

De [la voz] *Chile* hay quienes afirman, como Lenz, Rodolfo, su filiación mapuche (gaviota *chille*) y otros, como W. de Moesbach, que estipulan, citando a Ludovico Bertonio, su proveniencia aymara (*Chilli*: ‘Lo más hondo del suelo’ / ‘Los confines del mundo’, L. B., s. XVII), sin olvidar cierta reivindicación quechua (*Chiri*, ‘frío’). Mitimaes collas (aymaras de la actual Bolivia) habían, sí, en la zona central del actual Chile... como atestiguan topónimos circuynevecinos: Talagante, Quillota, etc.

→ Entre los poetas llamados ‘chilenos’, marcados, aun *in extermis*, por la mentada desdicha, Neruda, como lo recordáramos en otra parte, acaso fuera el más caído al quechua...

Neruda también escribe, increíblemente, en quechua. Justo después de *Alturas de Macchu Pic-*

<sup>5</sup> El detalle puede verse en el libro *Paul Celan & Martin Heidegger. An unresolved conversation, 1951-1970*, de James K. Lyon (The Hopkins University Press, 2006).

chu, a modo de epígrafe de la IV sección de *Canto general*, “Los conquistadores”, Neruda no sólo cita o recita la dicha supuesta *in extremis* de Túpac Amaru: *Ccollanan Pachacutec! Ricuy / ancaacunac yahuarniy richacaucuta!*, escribe Neruda. En quechua. (Escribe y no sólo transcribe, como veremos). *Ccollanan Pachacutec (Qullanan Pachakutiq)*, de entrada: ‘sobresaliente’, ‘eminente’ (*Qullanan*) transformador/a o inversor/a del espacio/tiempo o mundo (*Pacha-kutiq*).<sup>6</sup>

La frase atribuida a Tupac Amaru, poco antes de ser decapitado por el virrey Toledo en la plaza del Cuzco, en septiembre de 1572, con todo, fuera: *Ccollanan Pachacamac ricuy auccacunac yahuarniy hichascancuta* (**habitualmente mal/dado por: “Madre Tierra, atestigua [rikuy; ‘ve’, ‘advierde’] cómo mis enemigos derraman mi sangre”** — aunque ni *Pachakamaq* es *Pachamama* ni esta última sin más ‘Madre Tierra fuera’.

Neruda no sólo trastabilla o balbucea transcribiendo mal algunas palabras (escribe *ancaacunac* en vez de *auccacunac* [sustantivo *auca* + pluralizador *kuna*, ‘enemigos, ‘adversarios en guerra’], *richacaucuta* por *hichascancuta* [verbo *hichay* o *jich’ay*: ‘verter’, ‘derramar’), situación que se reitera. Increíblemente. Edición tras edición de *Canto general*. Sino que también interviene el texto recibido, Neruda lo traza o retraza al llamar y destinar su decir a *Pachakutiq* y no a *Pachakámaq* (‘el soberano’, ‘el que al mundo manda’), a la wak’a mayor del Chinchaysuyo, como lo hiciera Túpac Amaru, al decir de un par de cronistas. Esto ya no fuera un simple error de transcripción, una errata del Neruda copista, sino acaso una decisión de garabato o lectoescritura, un giro en el aguayo dado, una vuelta inesperada en el dicho de Tupac Amaru heredado... Llamar, dirigirle la palabra a *Pachakutiq* —eminente y acaso inminente tornamundo—, cosa fuera muy otra que apelar al ‘soberano del mundo’.

#### Un poema penetrante / concho

Cf. pg. 71.

\* \* \*

## JOÃO GUIMARÃES ROSA, DOS VEREDAS



<sup>6</sup> Ni en *Confieso que he vivido* (1974) ni en *Para nacer he nacido* (1978) Neruda deja huellas de tal insólita frase (en quechua, pese a que en ambos libros haya pasajes referidos a su paso por Macchu-Picchu en octubre de 1943 (la escritura del poema, su ‘puesta en papel’, se habría dado en Isla Negra un par de años después, entre agosto y septiembre de 1945, según Volodia Teitelboim; in *Neruda*, 1984).